

CAPITULO XV.

« Procura entregar esta carta lo mas pronto posible. — Vamos, parte, corre á galope, á carrera tendida. — Cuidado, bribon, que tu vida va en ello. »

(*Las Cartas importantes.*)

DEJARÉMOS ahora á Oldbuck comiendo y regalándose con su jóven amigo con el pescado que habia pagado tan caro, y pasaremos con nuestros lectores á la trastienda de la casa de correos de Fairport. El administrador estaba ausente, y su muger se ocupaba en clasificar las cartas que acababan de llegar de Edimburgo, para entregarlas al factor encargado de distribuirlas. En las ciudades de provincia, este es por lo comun el instante que escogen las comadres con preferencia para ir á hacer una visita al encargado ó encargada de las cartas, á fin de poder leyendo los sobrescritos, y si hemos de creer la voz pública, echando tambien una ojeada al interior, procurarse noticias ó formar conjeturas sobre los negocios de sus vecinos. En el momento de que hablamos, dos mugeres de esta clase ayudaban á mistress Mailsetter á llenar sus funciones

oficiales, ó por mejor decir, á desempeñarlas mal.

— ¡ Ay Dios mio! dijo la muger del cortante, he aquí diez, once, doce cartas para Tennant y compañía. Esta gente tiene mas negocios ella sola que todo el resto de la ciudad junta.

— Sí, dijo la panadera, pero observen vms., aquí hay dos pliegos cuadrados y cerrados con dos sellos..... apuesto á que vienen dentro algunas letras protestadas.

— ¡ Ha llegado alguna carta para Jenny Caxon? preguntó la cortante; hace ya tres semanas que partió el teniente.

— El mártés hizo ocho dias que recibió una, respondió mistress Mailsetter.

— ¡ Que venia del estrangero?

— Ciertamente.

— Entónces era de él. No creia á la verdad que volviese la cabeza para mirarla.

— ¡ Oh! ¡ oh!..... aquí hay otra, exclamó mistress Mailsetter, una carta del estrangero con la marca de Sunderland.

Las dos comadres quisieron echarle el guante á un mismo tiempo.

— No, no, señoras, no quiero esponerme á otro chasco. ¡ Sabe vm., mistress Shortcake, que mi pobre marido ha recibido una severa reprehension del secretario de la administracion

de Edimburgo, á la cual se habia quejado Aily Bisset á causa de una carta que vm. le abrió?

— ¡Yo! exclamó la esposa del primer panadero de Fairport, vm. sabe muy bien que ella misma se abrió en mis manos. ¿Que culpa tengo yo si no gasta mejor lacre?

— Es verdad, respondió mistress Mailsetter, administradora y mercera en una pieza, nosotros tenemos en la actualidad uno de toda confianza con que podríamos servir bien á los amigos, y si vm. conoce alguno que necesite.... pero el caso es que perderíamos el empleo si alguien volviese á quejarse.

— Me río de eso, ¿no tiene vm. al alcalde de su parte?

— ¡De mi parte! Buenas piezas son tanto él como su segundo. Esto no impide sin embargo que yo pueda complacer á mis vecinas. Examinen ustedes cuanto les diere la gana el exterior. ¿Ven ustedes? una áncora en el sello. Apuesto á que ha sellado la carta con un boton de su casaca.

— ¡A ver, á ver! exclamaron á un mismo tiempo las dos comadres, y se echaron á la pretendida carta amorosa como las tres brujas de Macbeth al pulgar del piloto, con mucha curiosidad y no menos malicia. Mistress Heukbane, la cortanta, era una muger alta; cogióla la primera, y la puso entre sus ojos y la luz

de la ventana; mistress Shortcake, chiquita y casi redonda, alzabase de puntillas para tomar parte en el examen.

— Es de él, dijo la cortanta, no cabe la menor duda. He podido leer su firma, Ricardo Taffril, y todo el papel está lleno.

— Baje vm. un poco la carta, exclamó mistress Shortcake con tono mas alto de lo que permite la prudencia para las operaciones secretas; bajela vm. ¿Cree vm. ser la única que sabe leer las firmas?

— Silencio, señoras, silencio, dijo mistress Mailsetter, parece que hay alguien en la tienda. Y hablando entónces mas alto: — Baby, añadió, procura servir bien á mis parroquianos.

Baby respondió con voz desentonada: — No hay ninguno, señora, es Jenny Caxon que viene á ver si ha tenido carta.

La leal administradora hizo entónces una seña de inteligencia á sus dos amigas, y gritó á Baby: — Dile que vuelva mañana por la mañana á las diez, y lo sabrá. No hemos tenido tiempo todavía de arreglar las cartas. ¡Lleva siempre tanta prisa!.... cualquiera diria que sus cartas son mas interesantes que las del primer comerciante de la ciudad.

La pobre Jenny, muchacha de una modestia y de una hermosura poco comun, se en-

volvió con su manto para ocultar el suspiro que le arrancaba la pérdida de su esperanza, y volvióse á su casa para pasar otra noche en brazos del temor y de la inquietud.

— Veo, dijo mistress Shortcake, al nivel de cuyos ojos habia la cortanta bajado la carta, que se trata aquí de aguja y de muestra.

— ¿No es una vergüenza, dijo mistress Heukbane, despreciar así á una pobre muchacha crédula, despues de haberla galanteado tanto tiempo, y haber hecho de ella todo lo que ha querido, como yo no dudo?

— Como no se puede dudar, dijo la panadera. ¡Echarle en rostro que su padre no es mas que un barbero con muestra á la puerta, y ella misma una simple costurera!.... ¡Que bajeza! ¡que indignidad!

— No es eso, no es eso, ustedes se engañan, exclamó mistress Mailsetter; es un verso de una cancion marina que le he oido cantar veinte veces. Dice que le será fiel como al polo la aguja de marear.

— Bueno, bueno, contestó la panadera, mucho lo deseo por ella; pero no está por esto mas decente á una muchacha seguir una correspondencia con un oficial de marina.

— No lo niego, dijo la administradora, pero todas esas epistolas amorosas aumentan mucho la renta del correo. ¡Ah! ¡ah! seis

cartas para sir Arthur Wardour, la mayor parte cerradas con oblea en lugar de lacre. Pronto habrá algun trastorno en esta familia, creanme ustedes.

— ¡Oh! dijo mistress Heukbane, no hay duda que estas son cartas de negocios. No vienen por cierto de sus nobles amigos, porque aquí no hay en los sellos ningun escudo de armas, segun ellos le llaman. Pronto verémos humillado su orgullo. Hace mas de un año que no ha ajustado cuentas con nosotros. Yo creo que es un pobre vanidoso.

— Nosotros no hemos visto un cuarto suyo seis meses hace, añadió mistress Shortcake, no hay duda que es un bajel que hace agua.

— He aquí, dijo la digna administradora, he aquí una carta que le escribe seguramente su hijo el capitan, pues el sello es semejante á las armas del coche de su padre. Acaso vuelve aquí para ver que es lo que podrá salvar del incendio.

Continuáron las señoras murmurando del caballero baronet, hasta que se les presentó otro objeto. — ¡Dos cartas para Monkbarns! serán de alguno de sus doctos amigos. Observen ustedes cuan metida está la letra, y escritas hasta el sello; todo esto es para no pagar una carta doble. Monkbarns hace lo propio; cuando franquea una carta, le da el peso de

una onza tan exactamente, que un granito de ante haria inclinar la balanza. ¡Pobre de mí, si no daba yo mejor peso á mis parroquianos cuando vienen á comprar pimienta, azúcar ó azufre!

— El laird de Monkbarne es un avaro con toda la fuerza del término, dijo mistress Heukbane; mueve tanto ruido para comprar una pierna de cordero por el mes de Agosto, como si se tratase de un muslo de buey. — Mistress Mailsetter, dénos vm. otro vaso de agua de canela. ¡Ah señoras! si hubiesen vms. conocido á su hermano como yo.... ¡cuantas veces vino á verme callandito con un buen par de patos silvestres debajo de la capa, cuando mi primer marido estaba en el mercado de Falkirk! ¡Ah! no hay espresiones para elogiarle como se merecia.

— Yo no puedo quejarme de Monkbarne, dijo mistress Shortcake, su hermano no me traia patos silvestres, pero este es un hombre de bien y honrado. Nosotros le suministramos el pan, y él nos paga exactamente todas las semanas. Solo se puso como una fiera, porque le enviámos la nota en un libro, en lugar de las marcas en un palo, porque dijo que asi arreglaban las cuentas los antiguos con los panaderos, y tenia razon.

— ¡Ah, ah! señoras.... aquí hay un remedio

para curar todos los males de ojos del mundo. Fruta nueva. ¿Que me darian vms. para saber que es lo que contiene esta carta? aun no han visto vms. otra igual. — A William Lovel, *escudero*, en casa de mistress Hadoway, High-street en Fairport, por Edimburgo. Es la segunda carta que recibe desde que está aquí.

— ¡A ver, á ver! exclamaron á una las dos dignas hijas de nuestra madre Eva; por Dios, enseñenos vm. la carta. Se trata del jóven á quien nadie conoce en esta ciudad. ¡Bello mozo por cierto!.... ¡á ver, á ver!

— No, no, señoras, abajo las manos, retirense vms. No se trata aquí de una carta de cuatro sueldos, que podemos cargar á la administracion general en caso de algun accidente. El porte es de 25 chelines, y hay en el dorso una órden del secretario para enviar-sela al jóven por un espreso, caso de no hallarse en casa. No, señoras, les digo á vms., esta carta debe ser tocada y manejada con precaucion.

— Pero dejenos vm. ver al menos el exterior.

Este exterior solo pudo dar lugar á algunas observaciones sobre las diferentes propiedades que atribuyen los filósofos á la materia, como son longitud, latitud, espesor, pesadez. La envuelta era de papel muy doble, impenetrable á los ojos de la misma curiosidad, y

por consiguiente á los de nuestras tres comadres, por mas que los abriesen de modo que pareciese iban á saltarseles de su órbita. La nema era ancha, aplicada con mucho cuidado, y desafiaba todos los esfuerzos de la mayor habilidad para quitarla.

— ¡Dianche! señoras, dijo mistress Shortcake, haciendo saltar el pliego en su mano como para indagar su peso, y deseando probablemente que el lacre sólido se ablandase y derritiese, cualquiera cosa daria yo para saber lo que viene ahí dentro, pues ese Lovel es el hombre mas extraordinario que ha pisado las calles de Fairport. Nadie sabe quien es, de donde viene, ni lo que hace.

— Pues bien, amigas, dijo la administradora, murmuramos de él miéntras tomamos el té. Baby, trae la tetera. Muchas gracias por los pastelillos que me ha enviado vm., mistress Shortcake. Luego cerraremos la tienda, procuraremos que Baby se acueste, harémos una partida miéntras llega mi señor marido, y en seguida probarémos la molleja de ternera que ha tenido vm. la bondad de regalarme, mistress Heukbane.

— ¡Pero no enviará vm. inmediatamente la carta del señor Lovel? dijo mistress Heukbane.

— No sabria á quien enviar, aunque qui-

siese, hasta que mi marido vuelva, pues el viejo Caxon me ha dicho que el señor Lovel dormirá esta noche en Monkbarns. Cogió calentura ayer, pescando al laird y á sir Arthur.

— ¡Viejos locos! dijo la panadera; ¿que necesidad tenian de ir por los arenales como las gaviotas, en una noche como la de ayer?

— Se me ha querido suponer que quien los ha salvado ha sido el viejo Edie, dijo mistress Heukbane, Edie Ochiltrie, el de la capa azul, que vms. conocen. Este ha podido arrancarlos á los tres de un charco de agua salada, pues Monkbarns los habia hecho seguir siempre adelante para hacerles ver unas antiguas fábricas de los monges.

— No es eso, vecina mia, yo referiré á vms. el caso, conforme me lo ha contado el mismo Caxon. Es preciso que vms. sepan que sir Arthur, miss Wardour y el señor Lovel habian comido en Monkbarns....

— Pero, mistress Mailsetter, repitió la cortanta, ¿no le parece á vm. que convendria enviarle esta carta por un espreso? No seria por cierto la primera vez que nuestro caballo y nuestro mozo habrian desempeñado comisiones por la administracion de correos. El caballo no ha hecho mas que treinta millas hoy, y Jack estaba desocupado cuando yo he salido de casa.

— Mistress Heukbane, dijo la administradora haciendo una mueca negativa, es regular que vm. sepa que mi marido suele encargarse él mismo de semejantes comisiones. Ya vé vm. que si hay lindos peces, las gaviotas de casa deben ser las preferidas. Cada vez que monta la yegua, media guinea ganada. Esto no es malo, no tardará en llegar seguramente. Por otra parte, ¿ que importa que el señor Lovel reciba la carta esta noche, ó mañana por la mañana temprano?

— Y el señor Lovel estará en Fairport ántes de que haya partido el espreso; pero estas no son cuentas mias.

— Pues bien, mistress Heukbane, respondió mistress Mailsetter, algo turbada y con buena dosis de mal humor, me precio de haber sido siempre buena vecina; me gusta comer y que todo el mundo coma; y pues que he sido bastante necia para enseñar á vm. la órden del secretario de la administracion general, no me queda mas recurso que ejecutarla; pero el mozo desde luego no le necesito, enviaré mi David con el caballo de vm., y habrá cabalitos cinco chelines y tres dineros para cada una.

— ¡ David! ; ay Dios mio! el pobre muchacho no tiene aun diez años, y para hablar francamente, el camino está muy malo, el ca-

ballo es algo reacio, y nadie puede hacer carrera con él sino Jack.

— Mucho lo siento, respondió gravemente la administradora, porque en este caso será preciso aguardar al señor Mailsetter. No quisiera que cayese sobre mí la responsabilidad confiando esta carta á un borrachon como Jack. Nuestro David, aunque muy jóven, pertenece en cierto modo á la casa de correos.

— Muy bien, muy bien, mistress Mailsetter, comprendo á vm. perfectamente; pero ya que no tiene vm. dificultad en esponer al niño, bien puedo yo esponer el animal.

— Diéronse las órdenes en consecuencia. Arrancóse el pobre caballo de su cama de paja, y que quieras, que no, se le puso de nuevo en actividad de servicio. David fué plantado en la silla, con las lágrimas en los ojos, un látigo en la mano, y una bolsa de cuero á las espaldas. Jack tuvo la bondad de acompañarle hasta fuera de la ciudad, y animando al corcel con la voz y escitandole con el látigo, le hizo tomar por fin el camino de Monk barns.

Entretanto las tres comadres, al par de las sibilas, despues de haber consultado sus libros, arreglaron y combinaron las noticias que se habian procurado, y que se esparcieron el dia siguiente por mil conductos distintos y mil variaciones diversas por el orbe de Fair-

port. Voces tan estravagantes como contradictorias fuéron el resultado de sus conjeturas y bachillerías. Unos decian que la casa de Tennant y compañía estaba para quebrar, que todas sus tratadas se les habian devuelto protestadas; otros aseguraban que habian hecho un contrato muy importante con el gobierno, y que los primeros comerciantes de Glasgow les escribian para tomar acciones, y aun les ofrecian un tanto de premio. Corrió la voz de una parte, que el teniente Taffril habia escrito para revalidar un matrimonio secreto con Jenny Caxon; y de otra, que su carta no contenia mas que insultos sobre la bajeza de su nacimiento y la profesion de su padre, y que se despedia de ella para siempre. Difundióse un susurro general que los negocios de sir Arthur estaban para hacer su crisis, y si alguien lo dudaba aun, era porque salió la noticia de la tienda de mistress Mailsetter, donde se fabricaban mas mentiras que verdades; pero todo el mundo estaba conforme en que habia llegado el dia anterior de la secretaría de estado un pliego dirigido al señor Lovel, traído por un dragon procedente del cuartel general de Edimburgo, que habia atravesado la ciudad á galope largo, sin detenerse mas que para preguntar el camino de Monkbarrens. Esplicabase de diferentes modos el

motivo que habia obligado al gobierno á despachar un extraordinario con tanta precipitacion á un extranjero pacífico, que llevaba una vida la mas retirada. Segun unos, Lovel era un noble emigrado francés á quien rogaban que se pusiese á la cabeza de una insurreccion que iba á estallar en la *Vendée*; segun otros, era un espía, un oficial general que inspeccionaba secretamente las costas, un príncipe de la sangre, por fin, que viajaba encubierto.

Entretanto la carta que debia dar lugar el dia siguiente á tantas conjeturas iba caminando ácia Monkbarrens con el muchacho que la llevaba, pero no se hizo este viage ni sin peligro ni sin interrupcion. El jóven David Mailsetter, que, como se deja presumir, no tenia analogía alguna con un dragon del ejército, avanzó con buen paso ácia Monkbarrens, mientras el caballo que montaba conservó la memoria de las enérgicas exhortaciones de Jack, y del ruido del formidable látigo que agitó al darselas; pero notando pronto que David, cuyas piernecitas no podian mantenerle en equilibrio, iba dando saltos adelante y atras, el noble corcel se desdendió de someterse por mas tiempo. Empezó por dejar el trote para tomar el paso. Al ginete no le supo mal esta novedad, pues no le habia desconcertado poco la primera andadura del animal, y aun se apro-

vechó de este momento de tranquilidad para comer un pedazo de torta que su madre le habia puesto en la mano , para escitar al jóven emisario de la oficina de correos á desempeñar mas alegremente la comision que le daba. El astuto caballo fué observando poco á poco que no eran tenidas las riendas por un ginete de experiencia ; sacudiendo pues la cabeza con alguna violencia , le fué muy fácil hacerselas soltar , y se entretuvo paciendola yerba por los bordes del camino. Espantado de estos síntomas que indicaban en su cabalgadura un espíritu voluntarioso y rebelde , temiendo caer , y no hallandose muy seguro en la silla , el pobre David empezó á llorar y á gritar. El caballito , oyendo encima de él un ruido á que no estaba acostumbrado , creyó que lo mejor que podia hacer , tanto para él como para su ginete , era volverse al lugar de donde habia salido , y en consecuencia empezó una marcha retrógrada ácia Fairport. Pero , como toda retirada suele acabar por una derrota , asustado el corcel por los gritos del muchacho , incomodado por las riendas que le daban en las piernas delanteras , y vueltas las narices ácia su casa , se puso á andar con paso tan firme , que si David se hubiese podido sostener en la silla , cosa sumamente dudosa , hallarase muy pronto en la cuadra de Heuk-

bane. Por fortuna , á la primera vuelta del camino , encontró el muchacho un auxiliar que le recogió las riendas , y detuvo el caballo en su carrera : era el viejo Edie Ochiltrie.

— ¡ Eh rapaz ! exclamó , ¿ por que galopas de este modo ?

— Porque no puedo impedirlo : soy David , el del correo.

— ¿ Y á donde vas ?

— A Monkbarns.

— Tomas , por cierto , la via recta.

El niño se puso á llorar. El viejo mendigo era naturalmente compasivo , particularmente cuando se trataba de la infancia. — Yo no iba ahora por aquella parte , pensó Edie , pero una de las ventajas de mi género de vida es el serme indiferentes todos los caminos. Estoy seguro que no me negarán en Monkbarns un manojo de paja ; voy á acompañar á este pobre muchacho , pues si no hay nadie para guiar el animal , estoy cierto que caerá de caballo , y se abrirá la cabeza. ¿ Con que tienes que llevar una carta , amigo mio ? ¿ quieres enseñarmela ?

— No puedo enseñarla á nadie , respondió David á fuer de buen aprendiz de postillon ; es preciso que la entregue al señor Lovel en Monkbarns , y desempeñaria mi comision si este maldito caballo....

— Muy bien, amigo mio, muy bien, dijo Ochiltrie, haciendo dar media vuelta al caballo que no parecia muy dispuesto á emprender el camino de Monkbarns; entre los dos le harémos ir adelante, á menos que no sea un demonio encarnado.

El anticuario, despues de la comida, habia convidado á Lovel á dar un paseo por la altura de Kinprunes, y allá reconciliado con el campo de Agricola, que habian procurado desacreditarle, se aprovechó de todos los objetos que le ofrecian aquellas cercanías para hacer una descripcion animada del campo del general romano al apuntar el alba, cuando divisó al mendigo y á su jóven protegido. — ¡Que diablos es esto! exclamó; creo que allí viene el viejo Edie con armas y bagage.

El mendigo esplicó el motivo de su venida, pero David queria ejecutar al pié de la letra su comision yendo hasta Monkbarns, aunque faltase mas de una milla para llegar allá, y no costó poco trabajo decidirle á entregar la carta al mismo á quien iba dirigida.

— Pero mi madre me ha encargado, dijo David, cobrar veinte y cinco chelines por el porte de la carta, y diez chelines y medio por el envío de un espreso. Aquí está el papel.

— ¡A ver, á ver! dijo Oldbuck calandose las gafas, y examinando un ejemplar embelle-

cido con todos los adornos de la antigüedad, del reglamento de correos á que apelaba David. — Por un espreso, hombre y caballo, diez chelines y medio por jornada, lo mas. — ¡Por jornada! y no hay siquiera una hora de camino. ¡Hombre y caballo! yo no veo mas que un mico montado en un gato flaco.

— Mi padre hubiera venido en persona con su yegua roja, dijo David, pero hubieran vms. tenido que aguardar hasta mañana por la tarde.

— ¡Como!..... ¡un dia entero despues de la hora regular de la distribucion!..... ¡Serpiente-cita nacida del huevo de un gallo! ¿eres ya tan docto á tu edad en el arte de la impostura y de la falacia?

— Vamos, vamos, señor Monkbarns, dijo el mendigo, no apure usía su talento contra un mocoso. Piense usía que la cortanta ha espuesto su caballería y la administradora de correos á su propio hijo. Creo que los dos valen por lo menos los diez chelines y medio. No fué usía tan mezquino con John Hawie, cuando.....

Lovel que, sentado en el pretendido *Prætorium*, habia echado una ojeada á los papeles que acababa de recibir, puso fin al altercado pagando á David el dinero que pedia, y volviéndose al señor Oldbuck, le dijo con cierta

agitacion: — Tendrá vm. que perdonarme si no vuelvo á Monkbarns esta tarde, es preciso que pase inmediatamente á Fairport, y que parta tal vez de un momento á otro. No olvidaré jamas, señor Oldbuck, la bondad que vm. ha tenido por mí.

— Espero que no ha recibido vm. malas noticias.

— Son de una clase mista; pero paselo vm. bien. Tanto en la prosperidad como en la desgracia, no me olvidaré de vm.

— ¡Un momento! ¡un momento! exclamó el anticuario haciendo al parecer un esfuerzo sobre sí mismo; si se encuentra vm. en algun apuro pecuniario..... tengo..... cincuenta..... cien guineas que estan á disposicion de vm.... hasta.... hasta Pentecostes..... ó hasta cuando le convenga á vm. volvermelas.

— Lo agradezco, señor Oldbuck, pero no me falta dinero, gracias á Dios. Perdone vm., no puedo continuar por mas tiempo la conversacion, nõs veremos ó le escribiré á vm. ántes de salir de Fairport. — Diciendo esto, apretó la mano al anticuario, y separandose de él, cogió precipitadamente el camino de la ciudad, determinado como estaba á no quedarse en Monkbarns.

— ¡Esto es muy estraño! exclamó Oldbuck; encuentro en ese jóven un misterio que

no puedo penetrar, y sin embargo me es imposible pensar mal de él. Es preciso que vuelva á Monkbarns, y que apague la lumbre de la cámara verde, pues ningun individuo de mi gente femenina se atreveria á entrar en ella al anochecer.

— ¿Y como me iré yo á estas horas? dijo el muchacho llorando.

— La noche es hermosa, dijo el mendigo levantando los ojos al cielo, y creo que haré muy bien en volver á la ciudad para atisbar de cerca á ese jóven misterioso.

— Sí, sí, Edie, dijo el anticuario; y despues de haber registrado por algun tiempo la faltriquera de su chupa, encontró por fin lo que deseaba. — He aquí, añadió entõnces, una pieza de seis dineros para comprar tabaco.

